

En 2007, Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca A.C. junto con otras organizaciones editó el documento titulado *Voces de la Valentía en Oaxaca. Violaciones a los derechos humanos de las mujeres en el conflicto social y político*. Allí se dio cuenta de la importante participación que las mujeres tuvimos en el movimiento de 2006. Esta serie es, de alguna manera, la continuación de aquél interés por escuchar y visibilizar a las mujeres que marcan el rumbo de nuestro estado.

Con la serie *Voces de la valentía: Mujeres en primer plano* queremos contribuir a posicionar las historias, vivencias y aspiraciones de grupos de mujeres diversas que día a día aportan a la construcción de la sociedad oaxaqueña y del reconocimiento y ejercicio de los derechos humanos y cuyas voces, frecuentemente son silenciadas.

Nuestro esfuerzo está encaminado a interpelar a la sociedad en su conjunto y a las instituciones de gobierno a quienes les corresponde atender las necesidades de las colectividades sociales de mujeres que, número con número, irán apareciendo en esta serie. Aspiramos a sensibilizar a la población respecto a las ideas, demandas, sabidurías y aspiraciones de estos grupos de mujeres.

Voces de la valentía: Mujeres en primer plano es en síntesis, un espacio en el que las y los lectores podrán conocer a quienes, -a través de entrevistas, descripciones, análisis, e imágenes- nos compartirán una parte de su vida y su lucha. Usted tendrá la posibilidad de dialogar con ellas y consigo mism@, reconfigurando o reafirmando sus creencias, hermanándose, dudando, dejándose sentir. Como en todo texto, quien lee tiene la última palabra y la capacidad para reinventar y reescribir la historia. Ese es nuestro sueño.

Consortio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca A.C.



TRANSMIGRANTES

No. 2, Julio 2014

VOCES DE LA VALENTÍA: MUJERES EN PRIMER PLANO



“En el camino, a veces hay subidas y hay bajadas. Hay maltratos y agresiones, de personas cercanas o extrañas. Hay veces que escuchar se vuelve fundamental. La persona que sabe escuchar, escucha la voz de los que han sido agredidos, de los que han sido golpeados, de los que han sido ultrajados, humillados, o tal vez, que han sufrido alguna violación. La voz de esta persona que sabe escuchar, se convierte en el único testigo de nuestras realidades”.

(Jenny: 36 años, hondureña, madre, hija y luchadora).

Voces de la valentía: Mujeres en primer plano es una publicación de Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca A.C.

Ana María Hernández Cárdenas

Directora

Yesica Sánchez Maya

Directora adjunta

Sarah Möbius

Autora

Ana María Hernández Cárdenas

Nallely Guadalupe Tello Méndez

Coordinación editorial

Sarah Möbius

Chucho Uribe/ Lente flotante

Zeltzin A. Peña Hernández/ Lente flotante

Fotografía

Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca A.C.

Opiniones, comentarios y sugerencias:

contacto@consorciooaxaca.org.mx

<http://www.consorciooaxaca.org.mx>

Dirección: Santo Tomás 209, Col.

Xochimilco, Oaxaca,

México. C.P. 68040

Teléfono: (01 951) 132 89 96



Se permite la reproducción total y parcial de este documento siempre y cuando se cite la fuente.

Julio, 2014.



AGRADECIMIENTOS

El presente número de la serie *Voces de la valentía: Mujeres en primer plano* nos comparte la experiencia de mujeres centroamericanas en su tránsito migratorio por México buscando llegar a Estados Unidos.

Nos parece indispensable mencionar que junto con el nombre de la autora, deberían estar los nombres de las mujeres que llenan este folleto con sus testimonios e historias de vida. Sin embargo, por razones de seguridad deben mantenerse en el anonimato.

Agradecemos a quienes compartieron con nuestra compañera Sarah, no solamente su tiempo, sino también sus momentos más difíciles y aquellos plenos de felicidad; sus lágrimas y sonrisas; sus relatos que nos dejaron andar en las playas de El Salvador, comer con sus familias en su querido pueblo en Guatemala, caminar por las calles de la ciudad más grande de Honduras, San Pedro Sula; subirnos a su lado en el tren de carga “La Bestia”. Gracias por compartir con nosotras sus sueños y desilusiones; sus esperanzas y miedos; sus logros y fracasos; es decir, su vida, en su dimensión más profunda.

Queremos honrar con esta publicación a las miles de mujeres transmigrantes que deciden buscar mundos mejores para ellas y sus seres queridos, mujeres que demandan el derecho al buen trato y una vida sin violencia.

Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca A.C.



Introducción

En la época de la globalización, la migración representa un fenómeno cotidiano. Personas emigran por diversos motivos, casi siempre con la esperanza y la convicción de mejorar la situación de su vida actual. En 2010, por México cruzaron 11,6 millones de personas. Por nuestro país fluye la corriente migratoria más grande del mundo. Sin embargo, para muchas personas, México sólo es un país de tránsito para conseguir el llamado sueño americano, es decir, para llegar a los EUA. La mayoría de ellas viene principalmente de Guatemala, El Salvador y Honduras. En el techo de un tren de carga las personas “viajan” de Arriaga, Chiapas entre 12 y 14 horas hasta su próxima estación en Ixtepec, Oaxaca. Dependiendo de su sitio de llegada en los EUA, aquí no solamente se separan los caminos sino también sus sueños y destinos.

“Me refiero a que ellos lejos de ser reconocidos como personas son mercancía [...] La diferencia entre nosotros y ellos es que no hay nadie que los reclame, por ellos nadie va a protestar” (Alejandro Solalinde Guerra, Fundador de la casa del migrante “Hermanos en el Camino” y Defensor de los Derechos Humanos de las/os Transmigrantes).

El albergue “Hermanos en el Camino” localizado en Ciudad Ixtepec, en el Istmo de Tehuantepec, es un lugar de tránsito donde se acumulan diversas historias. Ixtepec, como punto de convergencia entre el Pacífico y el Océano Atlántico, no solamente es una conexión importante en términos de la

infraestructura, que facilita la importación y/o exportación comercial entre el Norte y América Central, sino también en relación con la migración centroamericana. Pero mientras que, por los acuerdos de libre comercio, las fronteras para productos mercantiles se vuelven más y más borrosas, para seres humanos, dependiendo de su país de origen, se vuelven más notables y rígidas. Como parte de

“Pues un día yo tomé la decisión, porque como mi hermano ya estaba allá dije que yo también quería irme. Yo lo que quiero es que no me vayan a matar, quiero trabajar en los Estados Unidos, porque yo no regreso a mi país, la vida allá es muy dura, en primer lugar no hay trabajo, tengo dos hijos que tengo que sacar adelante, el sueldo que tenía era muy poquito y no me alcanzaba, es un país donde no podemos vivir nosotros, pues... y las maras, no podemos estar allá, ellos saben a qué hora te van a pagar, y te quitan todo lo que traes, hasta los zapatos, y te golpean, y si te opones hasta te pueden matar, y ellos se van como si nada, y la autoridad nada hace, está bien dura la situación, por eso tienen razón tantos migrantes en salir, hasta solitos, porque ellos van a salvarse” (Mirna: 36 años, salvadoreña, madre de dos hijas).

las reformas de política migratoria de los Estados Unidos y México, las cuales tienen su origen en los 90’s, se ha vuelto cada vez más difícil para los y las centroamericanas cruzar la frontera sur de México de manera legal. Por lo tanto, una gran parte de las personas no está en posesión de un estatus de residencia válido, es decir, en términos jurídicos, están de indocumentadas. Debido a esta condición, se encuentran indefensas ante un escenario de graves abusos de sus derechos humanos, empezando por robos, secuestros, tortura, violación sexual, trata de personas, extorsión y asesinato y cada vez más frecuentemente, el tráfico de órganos y la prostitución forzada de mujeres y niñas/os. Al cruzar la frontera sur de México se les niega su condición de “seres humanos” y se convierten en *transmigrantes*, una identidad en la que se encuentra la legitimación de su discriminación y explotación y con ello su criminalización.

Las mujeres transmigrantes: Un conjunto de violencias acumuladas



“Él traía un arma, me jaló y me llevó más lejos, al monte a esconderme y yo oía que silbaban y él más se alejaba, él insistió mucho, y me levantó mi blusa, entonces yo me molesté, y él me dijo: ‘Te voy a mandar a tu país, tienes que cooperar conmigo para que no te regrese a tu país y sigas tu camino’ (Ana: 27 años, guatemalteca, orgullosamente madre soltera).

Además del riesgo que implica el camino a través de México para todas las personas de ser robadas, secuestradas y/o chantajeadas, para las mujeres en particular, conlleva además el riesgo de ser víctimas de abuso sexual, violación y/o de prostitución forzada. Así entre el 60% y 70% de las mujeres son víctimas de la violencia sexual en su paso por nuestro país. Existen casos en los que las mujeres fueron violadas en su camino hasta 20 veces. Por esa razón muchas de ellas se inyectan anticonceptivos antes y durante su tránsito, con el fin de evitar un embarazo no deseado. Muchas/os científicas/os que se dedican al tema de la migración femenina, consideran el abuso sexual de las mujeres como un “precio” o “castigo” para la encarnación de su identidad como *transmigrantes*, en relación con las representaciones de su género y de las normas relativas a su sexualidad, las cuales comprenden el acto sexual como “un castigo para la mujer y como una experiencia para el hombre”.

El cuerpo de una mujer, como objeto para otros, es un fenómeno histórico que se encuentra en las guerras y la esclavitud. Una mujer que migra no sólo rompe con las estructuras sociales prevalecientes, sino también con normas y valores culturales. Así, a menudo el término *transmigrante* se asume automáticamente al género masculino. Cuando las mujeres son mencionadas, la mayoría de las veces se hace solamente como compañeras de los hombres que buscan trabajo. Ellas son representadas como esposas, parejas o hijas, pero rara vez son nombradas como actoras autónomas. Esta perspectiva androcéntrica de la migración se refleja en contextos históricos mundiales/globales. Por lo tanto, el viajar y el descubrimiento de nuevos horizontes siempre estaba reservado para actores masculinos y vinculado con admiración y respeto. Tal división clásica de los roles de género continúa en las referencias actuales y no pretende que las mujeres también migren.

Cuando lo hacen, ellas rompen estas estructuras/reglas invisibles, pero aun así su cuerpo se experimenta como un espacio para los símbolos y valores hegemónicos, lo cual las convierte en un objeto para los demás. Los hechos violentos, entonces, están perversamente legitimados pues, por si fuera poco la categoría de *transmigrante*, está criminalizada. Dentro de este título social se encuentran no solamente muchos nombres diferentes sino también caras, personalidades e historias.

“¡Las locuras que uno hace cuando es joven, cuando se es chamaco, se hacen tantas locuras! Encontré una persona a la que yo le entregué todo mi corazón, como si fuera mi alma gemela. Llegué a su casa, me acerqué así a su grada, y le dije: ‘¿Tú que piensas?’. Él me dijo: ‘Yo quiero que nos vayamos lejos. Vámonos lejos, a un lugar leeejos, donde no nos encuentre nadie. Donde no esté nuestra familia, ¡mi familia! donde no vea yo a nadie más que a ti. Vámonos’. Su mamá me quería mucho, y ella me rogó: ‘No te vayas. Mi hijo te quiere. Tú lo quieres. Quédate’. Fue la última vez que hablé yo con ese amor. Y me fui” (Silvia: 45 años, nicaragüense, viajera).

El calor de la tarde es opresivo, no corre aire fresco en el dormitorio. Las frases e iniciales inscritas en las camas son testigos de su tiempo, testigos de que estuvieron aquí. Karyn es una de ellas. Una de aproximadamente 25% de las *transmigrantes* mujeres que tratan cada año de cruzar México y con suerte, una de las 3 de cada 10 personas que llegan a superar su frontera norte en la búsqueda del llamado “sueño americano”. Detrás de ella han quedado 10 días, una caminata por la selva, por las montañas, cruzando ríos y fronteras. Diez días que la separan del último “cuidate” de su abuela, del último abrazo de su madre y la última noche jugando cartas con sus hermanos. Con ella van muchas promesas, esperanzas y una foto de su familia, que da testimonio de estas memorias y de su voluntad de luchar por un futuro mejor para ellas/os. Delante de ella se extienden alrededor de 1,964,375 km² de territorio mexicano, de esperanza y desilusión, éxito y fracaso, y en muchos casos de vida o muerte cuando el “sueño americano” choca con la realidad mexicana.

La joven Karyn mira sus tenis cubiertos de polvo. Nerviosa se muerde sus uñas pintadas de color rojo, sus ojos vagan vigilantes a través de la habitación. Cuando su mirada se vuelve otra vez hacia mí, respira profundamente: “La espera me pone nerviosa, no me gusta, quiero irme ya”. Sus manos se deslizan en los bolsillos de sus jeans ajustados. A primera vista, la chica de 21 años no es diferente de otras mujeres de su edad, sentada en una cama, con su

pelo rizado, color café, recogido en una cola de caballo, comenta: “Nos asaltaron, salieron, nos quitaron lo poquito que traíamos. Ahora no llevo nada, ni ropa traigo, hasta mi maleta de ropa se quedó tirada. Todo lo que llevo está en esta bolsa: mi peine, un cuaderno y la blusa de mi mamá”. Sus ojos se llenan de lágrimas y comienza a sollozar.



Nora está sentada a su lado, susurrándole palabras de consuelo al oído, acariciando el brazo de la joven. Mirando hacia mí, sus ojos, por lo general tan alegres, se vuelven serios. “Son casos muy duros. Solamente la persona que ha sufrido es la que sabe el dolor. El que no ha sufrido, que no ha pasado por la misma experiencia no puede decir: ‘No es cierto’. No puedes ni siquiera imaginarte lo que se siente en esos momentos. Nadie puede. Nadie, nadie puede sentir lo que sentimos en ese momento cuando nos pasan tales cosas, no. Hasta que uno lo vive, es hasta entonces cuando uno se da cuenta como duele...”

Karyn es una joven a la que le gusta bailar, estar con sus amigas/os, le gusta andar en bicicleta, ayudar a su abuela con los animalitos de la casa. Lo que más le importa en la vida es su familia. Lo que más quiere es un futuro mejor para ella. Ese deseo, para muchas personas tan simple, representa al mismo tiempo su motivo de dejar atrás a sus familiares, buscando una respuesta para un futuro incierto. En su camino por México, Karyn fue víctima de robo y de abuso sexual por su *coyote*. Ahora se encuentra sin recursos económicos para pagar el trayecto y con un daño emocional que ningún dinero puede reparar.

Historias como la de Karyn hay muchas, entre sí diversas. Nora, de 30 años y madre de dos hijas y originaria de Honduras, sabe por lo que Karyn está pasando. Hace cinco años ella se encontraba en una situación similar, queriendo irse de su país por la necesidad, e ilusionada por aquello que une a las personas que están en el albergue “Hermanos en el Camino”: El sueño americano.



“Nuestra situación allá en Honduras fue muy difícil, mi mamá tenía que pagar renta, tenía que pagar luz, lo que era agua, aparte darnos estudio, alimentos. Pues se le hacía muy pesado. Decidí un día venirme y dije yo, pues: ‘Voy a ir a Estados Unidos, a buscar el sueño americano’, con fines de ayudar a mi mamá, para que ella no anduviera pensando, según yo. Yo era muy ¿cómo le diré? como cualquier muchacha ilusionada, que sueña...”

Resultó que en ese tiempo también una compañera de trabajo de mi mamá decidió viajar. Y dijo ella: ‘pues yo me voy contigo’. Ya dije yo ‘¡Bueno!’ Me sentí con más valor. Ya éramos dos. Nos venimos. Llegamos a Arriaga. Allá conocimos a otras muchachas. Veníamos bastantes”.

Nora mira a la ventana como si quisiera estar muy lejos. De pronto vuelve su mirada hacia mí, respira profundo antes de seguir hablando.

“Pues en el camino tuve un problema con los que son los militares...”

Fue en un lugar que se llama Chahuities, ese día pasó el tren como a las once de la mañana; todos veníamos arriba del vagón, un muchacho venía al pendiente, si había migración o lo que uno espera, cuando de repente el tren se detuvo y retrocedió, y dijo el muchacho: ¡Migración! Entonces nos tiramos todos. Había mucho monte, mucho árbol, mucha espina, salimos corriendo, y los zapatos que traía me quedaban un poco grandes y en lo que iba corriendo, se me cayó uno, y así me fui, me metí muchas espinas en ese pie que no llevaba zapato, cuando nos interceptaron con armas varios militares y nos dijeron: ‘¡A ver, a ver! ¿Para dónde van ustedes? ¡Alto ahí! ¡Saquen todo lo que traigan!’ Nos quitaron zapatos buenos, ropa, anillos; nos quitaron dinero que traíamos, cosas de oro que traían las otras muchachas también. Aparte de eso nos...”

- Los ojos de Nora se llenan de lágrimas. Temblando, ella continúa su relato en voz baja:

“Abusaron de nosotras, de las muchachas, pues a nosotras nos decían: ‘Quitense la ropa y acuéstense boca abajo’. Sepa qué habrá pasado. Yo solamente decía: ‘Dios mío, que nos hagan lo que nos hagan, pero que nos dejen vivir’”.

- Se detiene por un momento. Aprieta sus labios hasta que se ve sólo una ranura. Su mirada vuelve de nuevo hacia la ventana, mientras se alisa con sus pequeños dedos su pelo largo hacia atrás.

“Pasa todo. Pero teníamos que continuar caminando. Imagínense como una se siente. Después de pasar por todo esto. Bajamos nosotros por el monte, vivos. Pero como me quitaron todo mi dinero, no podría continuar, y así me quedé trabajando por acá, en un lugar cerca de Oaxaca. Pasó un tiempo, cuando de repente me dicen: ‘¿No que tú te quieres ir para Estados Unidos? Allá hay una muchacha que lleva gente. Puras muchachas está llevando para trabajar.’ ‘Pues yo me voy, yo me apunto en la lista’ dije yo. Y fuimos a buscar a la muchacha, a la señora. Nos ofreció un buen trabajo, alimentación, donde dormir, y pues estaba bien. Todo parecía un sueño...”

Otro día salimos. Nos fuimos. Estaba llevando muuuchas muchachas. Pasamos sin ningún problema la frontera norte de México y ya estábamos en Estados Unidos. Pero cuando nosotras llegamos, nada era como lo esperábamos. No era un trabajo decente, que digamos, sino que era un restaurant *barco* donde llega la gente a tomar. Yo le había entregado todos mis documentos a la señora, ya no podía yo regresar a Oaxaca ni a México.

Nos decía ella que nos iba a entregar a Migración si nosotros hablábamos, que teníamos que pagarle el tiempo que nos había ayudado ahí, en ese lugar donde esa señora nos llevó. Decía ella: ‘Aquí no vas a recibir un sueldo, tienes que ganarlo tomándote las cervezas con los clientes. Por cada cerveza que tú te tomes se te van a pagar veinte pesos’. Para ganar cien pesos tenía que tomarme cinco cervezas con un cliente. Y así empeco. Ya de ahí, fui cayendo en ese vicio del alcohol...”



Pasó el tiempo y cuando finalmente logré escaparme de ahí la decepción me agobiaba. Me sentía triste, me sentía sola, desprotegida. Extrañaba a mi familia pero no me regresaba a mi casa, porque me daba vergüenza. Yo sabía que le había prometido a mi mamá darle una casa y en un año una vez nada más me comuniqué con ella. De ahí no me volví a comunicar. Por la señora perdí teléfonos, perdí direcciones de mi tierra, perdí mis documentos.

Decidí regresarme a México, pues no tenía dinero, ni a nadie quien me ayudara, ni siquiera hablaba inglés. No sabía qué carro tomar, cómo venirme. Pasó ese día, el siguiente día, el tercer día, y me empecé a desesperar. Un día, estaba parada y pasó una camioneta cuando me habló un hombre ‘¿Pa’ dónde vas?’ ‘Pues a tomar un camión que vaya para México’. Y me dieron un *raid*, me bajaron ahí en la frontera. Le dije al chofer de otro camión que me llevara al DF y aceptó. Estando ahí tomé un carro para Oaxaca pero como no llevaba dinero pa’l pasaje, le ofrecí a ese chofer mi anillo que valía como 300 y tantos pesos.

Así fue que llegué aquí. Me bajé y me quedé trabajando en una rosticería para poder pagar el cuarto donde vivía. Pero la soledad me hizo caer en tentaciones muy feas. No sé si fue por la soledad. No sé si fue por una traición. No sé si fue por dolor. No lo sé. Después uno, al sentirse solo, muchas veces se junta con personas que no son buenas, en la calle, fuera de casa. Yo me enamoré. No sé si me sentía yo protegida por él, porque a pesar de encontrar tantas personas malas en el camino encontré una que no me miraba como los demás. Y sus detalles me hicieron ver en él un ángel. Como si hubiera caído yo en un gran sueño”.

- Nora comienza a sollozar. Se sostiene la cara entre las manos. A través de sus dedos caen lágrimas negras, una mezcla de agua salada y rimel. Cuando ella mira de nuevo hacia arriba se endereza y continúa hablando con voz segura:

“Yo lo conocí en la rosticería, trabajando. Vivíamos muy bien como pareja. Estuvimos juntos y todo iba bien. Salíamos a pasear, nos divertíamos mucho. Hasta que un día agarró él y me dijo: ‘Vámonos a mi casa, porque ya me van a dar de baja’. Y yo me vine con él. Llegamos con su mamá. Nos había prestado un cuartito. Pero la señora me hizo la vida muy imposible y de ahí empezaron los golpes. Como pareja, nuestro hogar no funcionaba. Dije yo: ‘¿Por qué se porta así? ¿Por qué lo vas a cargar así? Ahora que estamos aquí con su mamá él se porta muy mal’. Y yo me sentía mal también, pero ya estaba embarazada de la primera niña, la Jeni. Y aún así siguieron las agresiones, los golpes”.

-Me mira con determinación.

“A mi me rompen el corazón una sola vez, no dos. Un día lo ví con una muchacha muy bonita, güera, de buen cuerpo -lo que sea de cada quien-. Cuando lo ví, pues se me destrozó el corazón, y me sentí como así, como si yo fuera una burbuja, grande. Cuando lo ví con la muchacha sentí que la burbuja explotó. Jijiji, sí, sí. Me sentí tan chiquita.”

-Se sonrió antes de dirigir al piso su mirada.

“Pues un día le reclamé. Le dije: ¿Por qué vienes apenas? Mira la hora que es. Ya hace rato saliste de trabajar y vienes tomado. Me gritó: ¿Qué tiene? Me agarró y me pegó, me empujó hacia la cama y comenzó a ahorcarme; puso su rodilla acá, arriba de mi barriga. Cuando se me monta encima, agarré yo, tenía mis uñas largas, le arañé la cara. No lo hubiera arañado, pero



yo quería que me soltara. Cuando su mamá lo vio, dijo: ‘¡Y ‘ora mijo!’ -pegó el grito la señora- ‘¿Qué te hizo esa mujer?’. Se salió y cuando regresó no venía sola, regresó con mi suegro y mi cuñada ‘¡A ver, hija de tu tal por cual!’ Me levantó del cabello y me empezó a golpear. Me golpeó mi suegra, me golpeó mi cuñada, hasta mi suegro entró. Me golpearon todos. No le bastó a la señora. Cuando ya se iba vio que en la puerta estaba una regla muy gruesa y con ella me pegó en la espalda.

Lo bueno era que no le había dicho a la señora que yo era hondureña. Ellos creían que era mexicana. Creo que si le hubiera dicho a ella que yo no era de aquí, tal vez me hubieran matado y nadie se hubiera dado cuenta de eso. Tal vez eso me salvó la vida en aquella situación.

De ahí pasó un tiempo y me embaracé de la otra niña, pero la situación no cambió. Al contrario la agresión y los golpes se volvieron más fuertes, y más fuertes, y más fuertes, y yo siempre callándome, siempre he sido así. Yo tenía miedo de buscar a la policía para que me apoyaran. Tenía miedo de que me deportaran y mi quitaran a mis hijas.

Ya no era sólo yo. Ahora ya tenía a mis hijas. Y la gente me decía: ‘Si tú hablas a la policía, o si tú vas a denunciar, te van a quitar a tus hijas, porque tú eres centroamericana y tus hijas son mexicanas. En dado caso que tengas un problema fuerte, tus hijas te las va a quitar el DIF’. Y yo les decía: ‘¿Y por qué me las va a quitar el DIF? ¿Qué, no soy su mamá? Yo las estoy cuidando bien’. ‘Sí, pero te las pueden quitar’. Y me metían miedo, y por ese temor yo nunca denuncié las agresiones, los golpes, los maltratos, las humillaciones que me hacían los demás. Todo por temor a que el DIF me fuera a quitar a mis hijas, y me deportaran. Por ese miedo siempre me quedé callada...”

-Se detiene antes de encontrar su voz de nuevo.

“Hasta que un día, mi suegra llegó a los extremos de quitarme a una de mis hijas. A mi hija mayor me la quitó. Y salí de mi casa, como una delincuente. De mi propia casa, salí. Mi problema era demasiado grande, tanto que un día agarré el cuchillo y lo afilé bien, y lo puse así en mis venas, en mi mano. Pero de ahí me puse a pensar en quién era yo para quitarme la vida, la que Dios me estaba regalando. Solté mi cuchillo. Dije yo: ‘¡Señor! Perdóname por lo que iba a hacer. ¡Perdóname, por favor! Porque yo ya no aguanto más’”.

-Respira profundamente. Ahora su voz es clara y decisiva:

“Fueron mis niñas que me han dado la fuerza para levantarme. Dije: ‘Hasta aquí nomás. ¡Ya no voy a sufrir, estoy haciendo mal. Tengo que levantarme, ya no por mí, sino por mis hijas! El hombre hoy te deja, mañana se va con otras. Mis hijas me necesitan y yo necesito también de ellas. Ellas van a estar toda la vida conmigo’. Sin ellas, yo no hubiera tenido el valor de seguir adelante. Y me fui a buscar ayuda.

Me fui caminando, caminaaando. Pasando toda la vía del ferrocarril encontré a un muchacho. Me contó que hay un albergue para migrantes y que tal vez me pueden ayudar.

Caí en la oficina y hablé. Les conté todoooo. Y así fue como al fin me encontraba yo a alguien que me ayudaba. El Padre, Gladys, Beto... todo el personal de la oficina me ayudó, personal de fuera, del DIF, me ayudaron por medio del Padre. Ahora ya mis hijas aparecen en el registro como hijas mías, porque antes sólo aparecían como hijas de su papá nada más. Yo salía bailando. Yo no tenía arte ni parte aunque las hubiera parido.

Ya puedo decir que son mis hijas, por medio de leyes, por medio de Dios, por medio de todo; y ahora sí, sin temor y sin miedo puedo decir: ‘Soy de Honduras’”.

Nora mira a Karyn que tiene los ojos cerrados y esta tumbada en su regazo. Con una mano le acaricia el pelo de la cara. “Yo sé lo que siente ella. Yo también andaba siempre escondiéndome, escondiendo mi origen. Y está mal, se siente tan fatal uno, sabiendo de dónde es y no poder decir ‘Yo soy de ahí, también’. Me sentía tan fatal cuando la gente hablaba de mis paisanos y decían: ‘Es que ese, ese catracho ladrón, delincuente’ o ‘Ese catracho asesino’. Yo nada más escuchaba y me tragaba las palabras.

Yo no podía decir lo contrario. Ahora yo digo ¿Por qué nos juzgamos?, porque hay veces las personas juzgan a los demás. Dicen: ‘Es que esos son así’, simplemente por ser de otro país. Están siempre discriminando. Pero si en

todos los países existe lo mismo. ¡En todos los países hay delincuencia! En todos los países hay adicciones, tanto de drogas, tanto de alcohol. ¡En todos los países hay lo mismo! ¿Qué país? ¿Dónde está ese país donde no haya discriminación, donde no haya violencia, donde no haya robos, donde no haya ladrones y asesinatos? ¿Dónde? ¡En todas partes hay más delincuencia que amor! ¡Hay más odio y hay más guerras que amor! Digo yo, ¿por qué entonces la discriminación hacia los demás? ¿Qué no todos tienen derecho de vivir? ¡Tenemos todos defectos!



Yo tengo defectos. Tal vez he sido mentirosa, o tal vez he sido chantajista. Tal vez no tenemos los defectos de robar, o de matar, o de drogas pero tenemos otros defectos. Todos somos imperfectos. Todos somos hijos de un sólo Dios. Un mismo Dios nos alumbró a todos. Un mismo Dios nos está dando el sol. Un mismo Dios nos da el agua, el aire que respiramos. Un mismo Dios nos da la vida, a todos, ¡por igual! Indios, Güeros, Chinos... Este de diferente plumaje, feos, guapos, bonitos, regulares, jajaja.

-Su mirada se vuelve pensativa mientras sus ojos vuelven hacia Karyn que ya está dormida.



“Hay cosas que no se olvidan nunca. Hay cosas que nos dejan una herida tan grande en el alma que no se puede borrar. Todo lo que uno pasa, a veces, cuando veo que viene el tren pienso que no sabemos qué problemas ha pasado tanta gente, y a veces no los cuentan porque tienen miedo, lo tratan mal a uno, este militar me decía: ‘Si quieres no te quites la ropa, hazlo con la boca.’ Son cosas que no se olvidan, porque cuando salimos de la casa estamos conscientes de que nos puede pasar algo, pero pues no, el sueño es llegar a Estados Unidos...”

Nora se ve cansada, pero satisfecha. Pequeñas líneas arremolinan alrededor de sus grandes ojos café, que me miran atentos. Pecas adornan sus mejillas. Mis ojos vagan por su cara. No sé exactamente lo que estoy buscando, trato de encontrar algo, huellas de los acontecimientos pasados, así como una guerra, visiblemente, deja sus heridas o cicatrices. Ella sonríe. Me siento atrapada. Siento como respuesta a mi pregunta no dicha, estas palabras:

“El daño que ellos me hicieron no se paga con cárcel. En la cárcel, aunque ellos estén encerrados no me van a pagar, no me van a devolver la alegría. Aunque ellos estén encadenados o encerrados, eso no me va a pagar todo el sufrimiento que me hicieron pasar. Pero aunque estas personas me agredieron física y verbalmente, me

humillaron, me golpearon, me violaron, si yo hago lo mismo con ellos, ¿qué estoy haciendo? Estoy encendiendo más la hoguera, y decía mi mamá: ‘Si uno es el fuego que el otro sea el agua. Así ya el fuego no se hace más grande’ ¡Y si es cierto! Hay que usar está lógica. Si vemos el mal, ¿nos vamos a quedar ahí? pues no, nos vamos a hacer a un lado...

Así es mujercita. He tenido malas y buenas, he tenido subidas y bajadas pero ahí vamos luchando. De tantos, tantos y tantos golpes, agresiones y maltratos, la vida al fin me abrió una puerta. Ahora tengo que preocuparme más por mis hijas y por mí. Y, valorarme, porque si tú no te valoras, quién te va valorar. Nadie.

Ahora, pues le he dado un visto diferente a mi vida; una de las mejores experiencias que he vivido es recuperar lo que yo había perdido y ya no pienso perder...

Mi situación se arregló y trato de llevar las cosas ahora con más precaución. Ya no correr, sino empezar a caminar, a dar pasito por paso, porque a veces el correr, nos lleva a tropezar y caemos en trampas sobre trampas. He aprendido que debo de pensar antes de actuar. Es mejor. Porque imagina, si en la situación que me encontré, yo tontamente, hubiera agarrado el cuchillo, y de una vez me hubiera cortado las venas, no estuviera aquí contándote mi historia...”

